

México: el capitalismo nacionalista*

Moisés González Navarro**

Después de la crisis de 1929, se reinicia el desarrollo económico gracias a la inversión en obras públicas, al crecimiento de la población, al aumento de las exportaciones y a la acumulación del capital privado. Ese desarrollo se realizó transfiriendo el ingreso de los trabajadores al de los empresarios y el de los sectores de ingresos fijos al de los ingresos variables; es decir, se financió "en gran parte con los ingresos que no recibieron los trabajadores".¹

A partir de la Segunda Guerra Mundial la burguesía vive la euforia desarrollista, y sólo excepcionalmente algún gobernante local lamenta "lo mucho que padecemos y lo poco que podemos mitigar",² pero estas voces son ahogadas por un coro mayoritario y admiradores extranjeros que aplauden el "sano capitalismo mexicano, pionero de la batalla contra el hambre".³ Algunos opinaban que como no podía corregirse a corto plazo la desigual distribución del ingreso, lo mejor era congelar su estructura actual. E identificado el interés nacional con el de los capitalistas no se gravó a éstos con altos impuestos, con lo que la carga se desplazó hacia las clases medias asalariadas. Estas clases medias tienen cada vez más obreros organizados que gozan del salario mínimo, el seguro social y otras prestaciones. A muchos sorprende que la distribución del ingreso mexicano sea más desigual que en la mayoría de los países latinoamericanos y que el "milagro mexicano" sólo haya beneficiado a las

elites, quienes así piensan seguramente olvidan que la agraria revolución mexicana fue predominantemente burguesa.⁴

La Segunda Guerra Mundial facilita la consolidación de la burguesía, el riesgo de una revuelta en las elecciones de 1940 desaparece porque Manuel Ávila Camacho suaviza algunos de los aspectos más controvertidos de Lázaro Cár-



Moisés Barrios, Guatemala

denas. De manera creciente la iniciativa privada se incorpora a la administración pública, y el liberalismo económico se acentúa en algunos gobiernos locales, como sucede en Tabasco, que declara abiertamente en 1943 que se ha esforzado por hacerse sentir lo menos posible en las actividades privadas.⁵ Cuatro años después, en ese mismo estado, banqueros, industriales y comerciantes se integran a la administración pública local.⁶ El departamento del Distrito

Federal durante la presidencia de Ávila Camacho también estimula y protege a la iniciativa privada.⁷

Esa política se consolida con Miguel Alemán, cuyo ejemplo siguen los gobiernos de los estados. Aunque a mediados del siglo Veracruz dicta una ley contra el lucro inmoderado, el estado de Hidalgo ofrece todas las seguridades a que tiene derecho la iniciativa privada, pero le exige a su vez que coopere para el progreso económico de esa entidad.⁸ El gobernador michoacano ofrece su más amplia colaboración y respaldo material y moral a los "señores" industriales, y el mandatario nayarita confía, en ese mismo año de 1953, que la iniciativa privada le seguirá prestando su más alta cooperación, mientras el gobernador de Sonora elogia la creciente colaboración de la iniciativa privada de ese estado.⁹

Antes de 1968 se generaliza una actitud triunfalista de las autoridades para juzgar la revolución, aunque excepcionalmente había críticas; la revolución no había llegado al campo de Campeche, como lo probaba la falta de escuelas, vestido, hospitales, medicinas, etc. Pero según el gobernador de Campeche esas quejas no eran justas ni exactas, porque en su estado la revolución era "un hecho positivo, verdadero, real, existente", pues aun las rancharías tenían escuelas y se disfrutaba la libertad de trabajo y de movimiento. Aceptó que el campesino se alimentaba mal, que el obrero no tenía trabajo, que los hijos de éste estaban mal vestidos y carecían de medicamentos, etcétera, pero lo mismo le ocurría a todo el que no tenía un trabajo bien remunerado. El estado no estaba obli-

* Ponencia presentada en el VIII Congreso de la Asociación Iberoamericana de Academias de la Historia, el 18 de octubre de 2002.

** Historiador. Profesor emérito de El Colegio de México.

gado a dar de comer, vestir ni curar al campesino ni a a nadie, sólo a repartir la tierra; no se trataba de un estado tutor, institución que era incompatible en "las democracias como la nuestra". Para sacar al campesino de sus miserias ancestrales se necesitaba dinero, pretender que el estado debería subvenir a esas necesidades era "comunismo o demagogia". Y como el estado carecía de dinero intervenía la iniciativa privada, a la cual había que proteger. La eficacia de esa política la probaban la fábrica de *tripplay* Simca y el ingenio La Joya, que le daban trabajo a cerca de dos mil hombres. El problema de México, no sólo de Campeche, era proteger al capital para que éste creara empleos. Había muchas necesidades, pero eso no era culpa del gobierno, sino de la juventud del país.¹⁰

En 1960, el gobernador de Guanajuato celebró que las broncas aguas revolucionarias se hubieran convertido en "disciplinadas de canal de riego".¹¹ Al año siguiente, más cauteloso, por un lado exaltó la paz política de ese estado pero por el otro atribuyó sus problemas a la desproporción entre las necesidades de una población creciente y los limitados recursos agrícolas. De cualquier modo, como no podían desoírse las urgentes demandas de los desvalidos, debería darse preferencia a la asistencia social: "No debe esperarse a que el desamparo se remedie cobrando dividendos de una futura prosperidad colectiva".¹²

En la década de los sesenta, Veracruz les ofreció a los hombres de empresa "trabajadores esforzados, inteligentes, y en plena madurez de conciencia social". Pero rechazó que para fortalecer el mercado interno tuviera que sacrificarse la mano de obra; de hecho seguía la política del gobierno federal: suplir la iniciativa privada donde ésta fuera deficiente. El gobernador campechano declaró que su preponderante acción en favor de las "clases populares, de los desheredados, de la gente sin fortuna"

no implicaba perseguir a los inversionistas que con su capital e iniciativa habían cooperado al progreso de México. Más franca fue la actitud del gobernador de Sonora en 1968, cuando declaró que sin la iniciativa privada nada podría realizar, por lo que recogió sus "magníficas sugerencias, prudentes observaciones y eficaces recomendaciones" para elaborar un nuevo proyecto de ley de fomento industrial.¹³

Congruente con esta política pro-capitalista, el gobernador de Jalisco informó orgullosamente cuáles habían sido las utilidades bancarias en 1954. Años después, al inaugurar el primer centro de salud trató de interesar al comercio, la industria y las "honorables" colonias extranjeras para que contribuyeran a establecer otros dos centros similares; a cambio les ofrecía garantizar la tranquilidad pública, "el derecho de propiedad y el equitativo disfrute del esfuerzo productor".¹⁴ Sin embargo, en 1958 señala que simultáneamente se multiplican la riqueza y el pauperismo, y para acabar con ese contrasentido ofrece multiplicar las fuentes de trabajo y proteger "las conquistas de los trabajadores", sobre todo por medio del impulso a la educación primaria, la medida por excelencia "para reducir las desigualdades económicas y sociales". Este esfuerzo no atemorizaba a la iniciativa privada porque el gobernador había manifestado repetidas veces que respondería a sus "legítimas aspiraciones". En 1962 este gobernador agradeció al Instituto de Asistencia Social, en su mayor parte integrado por miembros de la iniciativa privada, su eficaz labor humanitaria. Cinco años después el nuevo gobernador de Jalisco declaró que no pretendía repartir miseria, sino crear riqueza; puso especial ilusión en las enormes potencialidades de la costa, y manifestó gran satisfacción porque capital "netamente jalisciense" hubiera creado, en 1969, un gran centro comercial con una inversión de más de 300 millones de pesos,



Moisés Barrios, Guatemala

actitud que rompía con el acostumbrado y negativo individualismo.¹⁵

Ya no es extraño, por tanto, que a los informes de los gobernadores asistan los banqueros y en general los miembros de la iniciativa privada, si bien se señala que la mejor manera de estimular el comercio y la industria es aumentar la capacidad adquisitiva de los sectores mayoritarios. En esta idea coinciden las autoridades nayaritas y colimenses.¹⁶ Al tomar posesión del poder ejecutivo del estado de Puebla, el ingeniero Aarón Merino Fernández lo hizo enarbolando la divisa bismarkiana: "La evolución de los de arriba evita la revolución de los de abajo". El gobernador tamaulipeco confesó, en 1963, que su programa equilibraba un "conveniente" intervencionismo de estado con: "El principio democrático capitalista de respeto a la propiedad al capital e iniciativa privada, la cual mediante su acción participa de la responsabilidad de los destinos y del progreso del país".¹⁷

Ocho años después el gobernador de Tamaulipas ofreció seguir una política agrarista sin perjuicio de la clase patronal, tarea que era posible gracias al sen-

tido nacionalista de los trabajadores, pero al mismo tiempo deja constancia de su cabal reconocimiento a la iniciativa privada por el vigoroso impulso que dio a la industria.¹⁸

En 1965 el presidente Gustavo Díaz Ordaz manifestó sus esperanzas de que México contara con "más y mejor iniciativa privada".¹⁹ Y Vicente Lombardo Toledano reconoce ese año el secreto a voces de que México es un país capitalista, pero, según él, "un capitalismo de Estado basado en la nacionalización de las principales fuentes de producción económica y de los servicios". Calcula que en ese año de 1965 las inversiones del sector público representaban 45 por ciento del total y las del privado el restante 55 por ciento.²⁰ Por otra parte, la comisión senatorial del Seguro Social reconoce que por entonces estaban excluidos de la seguridad social seis millones de trabajadores del campo y sus familias. La necesidad de mejorar a ese numeroso núcleo campesino no era sólo un imperativo moral sino económico, había que aumentar el mercado interno.²¹

En su informe presidencial del 1º de septiembre de 1969, Díaz Ordaz reitera que el problema del campo seguía siendo el más grave y lacerante, y que se manifestaba, entre otras formas, en el desnivel existente entre el ingreso rural y el urbano. A causa de ese problema miles de mexicanos emigraban del campo a la ciudad para formar ahí un numeroso subproletariado al lado de capas de la clase media en ascenso y expansión y de otras decadentes o en vías de desaparición. La mediana industria desplazaba al artesano, la gran industria amenazaba a la mediana, los modernos métodos mercantiles aplastaban a los pequeños comerciantes. Los pequeños rentistas y los jubilados sufrían porque sus ingresos no siempre aumentaban en proporción al costo de vida, y los profesionistas padecían por su individualismo y la saturación que se daba en sus áreas. En fin, el pre-

sidente se jactaba del espíritu inconcluso de la Revolución mexicana, característica de toda auténtica revolución. El informe devino francamente conservador cuando rechazó, en palabras que recuerdan a las de Lucas Alamán 120 años antes, que la revolución fuera un gran salto, se trataba más de un proceso necesariamente gradual que, para ser sólido, exige audacia, prudencia, resistencia y fe renovada en las metas que se persiguen.²²



Moisés Barrios, Guatemala

La Revolución mexicana era ajena a metrópolis ideológicas, políticas o económicas. Díaz Ordaz no advierte gérmenes que puedan sustituirla, aunque con mínimas ventajas, pero reconoce que la política fiscal no ha podido impedir que:

Por la necesidad de acelerar la capitalización nacional, ésta haya dado lugar a una concentración de riqueza, en que pocos poseen mucho y muchos carecen de casi todo.²³

En oposición a la euforia desarrollista ya habían aforado algunas manifestaciones de descontento, e incluso de violencia: los petroleros en 1946, los ferrocarrileros en 1958, los médicos en

1964, y los estudiantes en 1968. Se trata, en estos casos, de movimientos de clase media, de trabajadores al servicio del Estado ocupados en industrias o servicios estratégicos. Desde 1966 el régimen manipuló una respuesta surgida entre los campesinos, si los estudiantes no querían estudiar los campesinos deberían recibir los millones de pesos que inútilmente se estaban gastando en las universidades. La situación hizo crisis al aproximarse las Olimpiadas de 1968. El presidente Gustavo Díaz Ordaz decidió celebrarlas porque cancelarlas perjudicaría gravemente el crédito internacional. Díaz Ordaz acusó a los modernos filósofos de la destrucción de atentar contra el orden revolucionario.²⁴ El ex constituyente Jesús Romero Flores culpó al comunismo de ese conflicto.²⁵ Y cuando la crisis desembocó en la matanza de Tlatelolco, algunos diputados atribuyeron la rebeldía juvenil al hecho de que los estudiantes no habían conocido el México anterior a la revolución. Con motivo de esos conflictos, en varios países latinoamericanos fueron atacadas las embajadas mexicanas.

Sólo pequeños grupos de trabajadores (algunos telefonistas, profesores, petroleros, etc.) secundaron ese movimiento porque consideraron que los estudiantes eran privilegiados; algunos obreros incluso contuvieron a sus hijos por temor a perder lo ganado y menos aún lo hicieron los marginados, acaso por carecer de conciencia política. Resalta, en cambio, el hecho de que 37 sacerdotes se solidarizaran con los jóvenes rebeldes, pues muchos eran los riesgos de ese movimiento del 68.²⁷

La burguesía burocrática cambió un poco el rumbo después de esta crisis: Echeverría siguió una política populista para combatir la "inadecuada" distribución de la riqueza, pero cuando se suscitaron nuevas violencias, en junio de 1971, criticó la propagación irracional de la violencia porque conducía a la anarquía; no había que confundir

motines intrascendentes con las tres grandes revoluciones que había vivido el país.²⁸ Sin embargo, en 1972 reconoció que si tres décadas antes había sido urgente impulsar la capitalización del país, en ese momento era preciso “poner al capital al servicio de la nación entera... reavivar el espíritu de la revolución”.²⁹

Echeverría defendió un capitalismo nacionalista, siempre que fuera consciente de que la acumulación excesiva de la riqueza suponía el empobrecimiento de otros sectores; por esa razón al comenzar su régimen renunció a continuar el modelo económico que había “fortalecido el poder de núcleos privilegiados”.³⁰ Al finalizar su régimen, explicó que para conquistar el reparto equitativo de la riqueza había acudido a las mayorías.³¹

José López Portillo propuso tres etapas para recapitalizar el país después de la devaluación de 1976 (dentro de la economía de mercado y de propiedad privada en la cual la libertad cambiaria es una constante “de nuestra condición”): superación de la crisis, consolidación de lo alcanzado y crecimiento acelerado.³² López Portillo inició su régimen pidiendo perdón a los marginados, y todavía a mediados de 1981 decía con optimismo que la república no descansaría hasta haberlos incorporado plenamente “al progreso nacional” por medio de Coplamar. El presidente no descartó el auxilio que daban los clubes de servicio para alfabetizar a más de cien mil personas.³³ Poco después el líder nacional del PRI, triunfalista, rechazó que se hubieran retardado las metas de la revolución:

Se ha repartido la tierra, no hay un municipio en el país donde no exista una escuela, hay también millones de empleados. Entonces, ¿cuáles metas se han retrasado?³⁴

Ya en pleno declive conservador, el mismo funcionario añadió que los ajustes estructurales a que aspiraba el pue-

blo mexicano se tenían “que ir dando poco a poco, sin lesionar el trabajo, sin lesionar las oportunidades, sin lesionar la libertad”.

Congruente con ese neoliberalismo es el optimismo del informe presidencial de 1981: México alcanzaría por cuatro años consecutivos un crecimiento promedio superior a ocho por ciento anual (sin paralelo en nuestra historia, “ni con mucho es común en el mundo contemporáneo”), y en 1980 había llegado a 8.3 por ciento; se trataba de un crecimiento orientado a la creación de dos millones 350 mil empleos “para mejorar la distribución del ingreso”. El presidente negó que el país se hubiera petrolizado; el petróleo apenas daba cuenta de siete por ciento de la producción nacional.

El informe daba una detallada y optimista información de los logros que había alcanzado la lucha contra la “lacría de la marginación”. A fines de 1981, las dos terceras partes de la población disponían de agua potable y un tercio de alcantarillado, porcentajes que ascenderían, a fines de 1982, a 72 y 38 por ciento respectivamente. Ya no había niños sin escuelas, se multiplicaban las tiendas populares, y por tercer año consecutivo la oferta de trabajo crecía más que la población, pues ya se había alcanzado 75 por ciento del programa, que buscaba crear 2.2 millones de nuevos puestos de trabajo. Diversas instituciones de seguridad social, incluyendo a Coplamar, cubrían a 48 millones de mexicanos, casi las dos terceras partes de la población total. La asistencia social registraba un incremento de 4.7 millones respecto al año anterior, y ya eran pocos los municipios que no gozaban de los beneficios de la seguridad social, institución que se manejaba con eficiencia y honestidad. Para incorporar a los marginados urbanos, el programa abarcaba a más de siete millones de personas en los centros metropolitanos más importantes, cifra que aumentaría a diez millones en 1982. Para construir 918

nuevas unidades médico-rurales, IMSS-Coplamar aumentó 28 veces el presupuesto dedicado a ese menester, y 20 veces al abasto de productos básicos a zonas rurales marginadas. La Conasupo-Coplamar operaba seis mil 96 tiendas comunitarias, 12 veces más que al comienzo de su régimen. Se había beneficiado a marginados rurales con agua potable, caminos rurales y mejoramiento de la casa rural; en 1980 se generarían 116 mil empleos directos permanentes que serían remunerados con el equivalente del salario mínimo regional: se terminaron 56 casa-escuelas en las que se proporcionaba durante todo el ciclo escolar hospedaje, alimentación y apoyo extraescolar (técnico, artístico y físico). En fin, avanzaba la Alianza para la Producción, el Sistema Alimentario Mexicano, el Programa de Productos Básicos y la atención a zonas marginadas y grupos deprimidos.³⁵

Muy diferente fue el último informe presidencial de este régimen: seis años no habían bastado para saldar la deuda con los desposeídos y los marginados, pero el país tenía conciencia del rezago y el gobierno la voluntad de conquistar la justicia. Con tal fin multiplicó por 87 el monto de los recursos destinados al medio rural marginado, con lo que proporcionaron mínimos de bienestar en tres mil 24 unidades médicas y 61 hospitales de campo. Se establecieron 276 almacenes regionales para abastecer a 12 mil tiendas campesinas: tres mil 200 sistemas nuevos de agua potable se rehabilitaron y se ampliaron 800 más; se abrieron 18 mil 529 kilómetros de caminos rurales, etcétera. En fin, sollozando, declaró que había hecho todo lo posible por corregir ese rezago, estaba triste porque no había acertado a hacerlo mejor, simultáneamente debería crearse y repartirse la riqueza.³⁶

Desde 1947 Gabriel Leyva Velázquez, secretario saliente de la CNC, reiteró que habiendo concluido el pasado feudal:

Por un lapso de duración imprevisible, México no tiene otro camino para su desarrollo que el de un intensivo y amplio incremento del capitalismo, porque la historia nos demuestra que frente al régimen político y económico de la feudalidad, el capitalismo es un gran avance, una fase superior del desenvolvimiento de la sociedad, y que si existe todavía un régimen más avanzado, no se puede llegar a él directamente del feudalismo, porque la historia no da saltos de este tipo, sino pasando por el régimen de producción que es propio del capitalismo.³⁷

Feudalismo significaba peonaje, miseria, fanatismo; capitalismo representaba irrigación, maquinaria, fertilizantes, creación de una amplia capa de pequeños propietarios auténticos y de un trabajador agrícola alfabeto, explotado como todos los proletarios, pero con un nivel de vida y una posibilidad de emancipación superiores a los del peón de la hacienda. El desarrollo económico capitalista podría seguirse por una doble vía democrática u oligárquica, o sea estadounidense o prusiana. México, por supuesto, seguiría el primer modelo.

Sin embargo, en 1981 un empleado de Coplamar anticipó una respuesta:

¿Los olvidados, los despreciados, los miserables, los marginados, sabrán perdonar al sistema y a los hombres que no han sido capaces de su redención? Cuando las mayorías tomen el poder, ¿sabrán entonces perdonar?³⁸ ◀

NOTAS

- ¹ Padilla Aragón, México, págs. 68, 100, 124.
- ² Informe Aguascalientes, 1950-1956, pág. VIII, *Excelsior*, 2 de marzo de 1965.
- ³ Barkin, *La persistencia*, págs. 667-669.
- ⁴ Horn, *The Mexican Revolution*, vol. V, núm. 2, julio de 1980, pág. 4.
- ⁵ Informe Tabasco, 1943, pág. 14.
- ⁶ *Ibid.*, 1947, pág. 99.
- ⁷ Memoria del Distrito Federal, 1943-1944, pág. 16.

- ⁸ Informe Veracruz, 1946-1947, pág. 44; Informe Hidalgo, 1949-1950, pág. 19.
- ⁹ Informe Michoacán, 1953, pág. 15; Informe Nayarit, 1953, pág. 62; Informe Sonora, 1952-1953, pág. 54.
- ¹⁰ Informe Campeche, 1955, pág. 13.
- ¹¹ Informe Guanajuato, 1960, pág. 63.
- ¹² *Ibid.*, 1961, pág. 49.
- ¹³ Informe Veracruz, 1961-1962, pág. 45, 1962, s.p.; Informe Campeche, 1963-1964, pág. 78; Informe Sonora, 1968, pág. 18.
- ¹⁴ Informe Jalisco, 1960, pág. 5.
- ¹⁵ Informes Jalisco, 1954, pág. 37; 1956, pág. 15; 1958, págs. 26, 29; 1960, pág. 5; 1962, pág. 16; 1963, pág. 9; 1967, pág. 9, 1969, págs. 20, 26.
- ¹⁶ Informe Nayarit, 1966, págs. 47-48, 59; Informe Colima, 1970, pág. 9.
- ¹⁷ Informe Puebla, 1964-1969, s.p.
- ¹⁸ Informes Tamaulipas, 1963, pág. 6; 1971, págs. 38, 40.
- ¹⁹ Diario de Debates de la Cámara de Diputados, XLVI, II, 11 de septiembre de 1965, pág. 9.
- ²⁰ *Ibid.*, 7 de septiembre de 1965, pág. 10; 20 de diciembre de 1965, págs. 30-31.
- ²¹ Diario de Debates de la Cámara de Senadores, 30 de diciembre de 1965, págs. 2-3.
- ²² Diario de Debates de la Cámara de Diputados, 1 de septiembre de 1969, págs. 23-27.
- ²³ Diario de Debates de la Cámara de Diputados, 1 de septiembre de 1966, pág. 31.
- ²⁴ *Ibid.*, 1 de septiembre de 1968, págs. 25.
- ²⁵ *Ibid.*, 10 de septiembre de 1968, pág. 12.; 4 de octubre de 1968, pág. 4.
- ²⁶ Memoria de Relaciones Exteriores, 1968-1969, pág. 32.
- ²⁷ Elena Poniatowska, *Fuerte es el silencio*, págs. 47-48, 63; Camacho, *El futuro*, pág. 60.
- ²⁸ Diario de Debates de la Cámara de Diputados, 1 de septiembre de 1971, pág. 4.
- ²⁹ *Ibid.*, 1 de septiembre de 1971, págs. 4, 11; 1 de septiembre de 1972, pág. 24.
- ³⁰ *Ibid.*, 1 de septiembre de 1973, págs. 8, 18.
- ³¹ *Ibid.*, 1 de septiembre de 1976, pág. 15.
- ³² *Ibid.*, 1 de septiembre de 1978, pág. 4.
- ³³ *Excelsior*, 12 de julio de 1981.
- ³⁴ *Ibid.*, 24 de agosto de 1981.
- ³⁵ *Ibid.*, 2 de septiembre de 1981.
- ³⁶ *Ibid.*, 2 de septiembre de 1982.
- ³⁷ M. González Navarro, *La CNC...*, págs. 132, 140 y 141.
- ³⁸ *Unomásuno*, 26 de septiembre de 1981.



Zaida del Río, Cuba